EL APAPACHO DEL METRO.

---¿Por qué no te vas ahorita a casa de doña Eneida y les pones agujas a las tres? ---me propuso Chanita.

---¿Y ya no traigo a mamá y a tía Dina en la tarde?

---Así es. Siquiera hoy domingo, quiero que estemos juntos.

---¿Y eso? Yo estoy de cuerpo completo todos los días y ya lleva más de mes y medio que estás internada en este hospital. Me parece un poco extraño tu razonamiento…

---…para que no tengas malas ideas ---me interrumpió---. No quiero que des hoy esa doble ida y venida de aquí a la colonia del Valle, donde al regresar para acá, pasas por el parque, es más, lo cruzas. Es muy, muy peligroso, según me contó una enfermera. Y para rematar, ya cuando vas viniendo de regreso, caminas a media noche por la calzada de Tlalpan para conectarte con el trolebús. En esa zona ni por asomo hay iluminación. Puede que te asalten y te maten para robarte el acupuntor y ni te vas a dar cuenta.

---¿Por eso quieres este cambio de rutina para mi?

---Si, tengo un mal presentimiento. Y ya has podido comprobar mis presentimientos.

Sin más qué objetar, esa tarde salí del hospital 20 de Noviembre del Issste en la capital mexicana, con el electropuntor y un paquete de gasas desechadas por las enfermeras, luego de cambiarlas, para hacer el vendaje de las piernas de Chanita. Me subí al trolebús, luego de haber toreado los carros, para cruzar la calle Félix Cuevas y emprendí mi viaje hacia la terminal del metro, en la calzada de Tlalpan, donde abordaría el tren que me iba a llevar a dos terminales hacia el centro, me bajaría, y caminando, tras cruzar el parque, arribaría a casa de doña Eneida Lavalle.

Se intuía un domingo, muy tranquilo, pues al llegar a la casa, relativamente temprano, tendría tiempo para aplicarles una sesión de acupuntura a mamá Chepita, mi bella suegra, a su hermana tía Dinita y a la propia doña Eneida, y me ahorrría tres vueltas: el llevar al hospital a mi suegra y a la tía Dina para hacer su visita a mi esposa, regresarlas a casa de doña Eneida y además, mi regreso al hospital, para hacer mi guardia permanente cuidando a mi amor.

El bajar del trolebús era una pesadilla para mi, pues iba a enfrentarme con el aroma de chicharrón de res, que en esa esquina preparaban para vender.

Logré sobrevivir tras el cruento enfrentamiento con mis lombrices, y con el peor de los pasos cansinos, pude subir al andén. Me extrañó ver la banca vacía y para allá me dirigí. Era la primera vez que me tocaba disfrutar de una silla vacía y allí acomodé mis cosas para esperar el vehículo que vertiginosa velocidad, me permitiría al bajar, acercarme más a mi meta. Como unos ocho minutos después apareció la serpiente gigantesca que transportaba personas por toda la ciudad, utilizando una infinidad kilométrica de túneles interconectados. Se detuvo y el vagón, como puude descubrir al abrirse la puerta , tenía muchos asientos disponibles, tantos que podría escoger el de mi gusto, y así lo hice.

Me acomodé en un asiento ubicado frente a la puerta y un momento antes de que comenzaran a cerrarse las dos hojas, descubrí en la banca donde estuve sentado, el acupuntor con la caja de las vendas. Me levanté y corrí alcanzando pasar la parte superior de mi cuerpo y escuché un ¡Crack! muy fuerte y sentí la opresión en el pecho. Cuando vi que me iba a

estrellar contra las pilastras de la estructura del edificio, que en esa parte era externa, alcancé a salir, no sin antes sentir el machucón en la pantorrilla izquierda. Cojeando llegué a la banca donde estaban mis cosas, pude sentarme y llorando di gracias a mi buen Dios por haberme permitido sobrevivir ese percance que era de mortal necesidad